

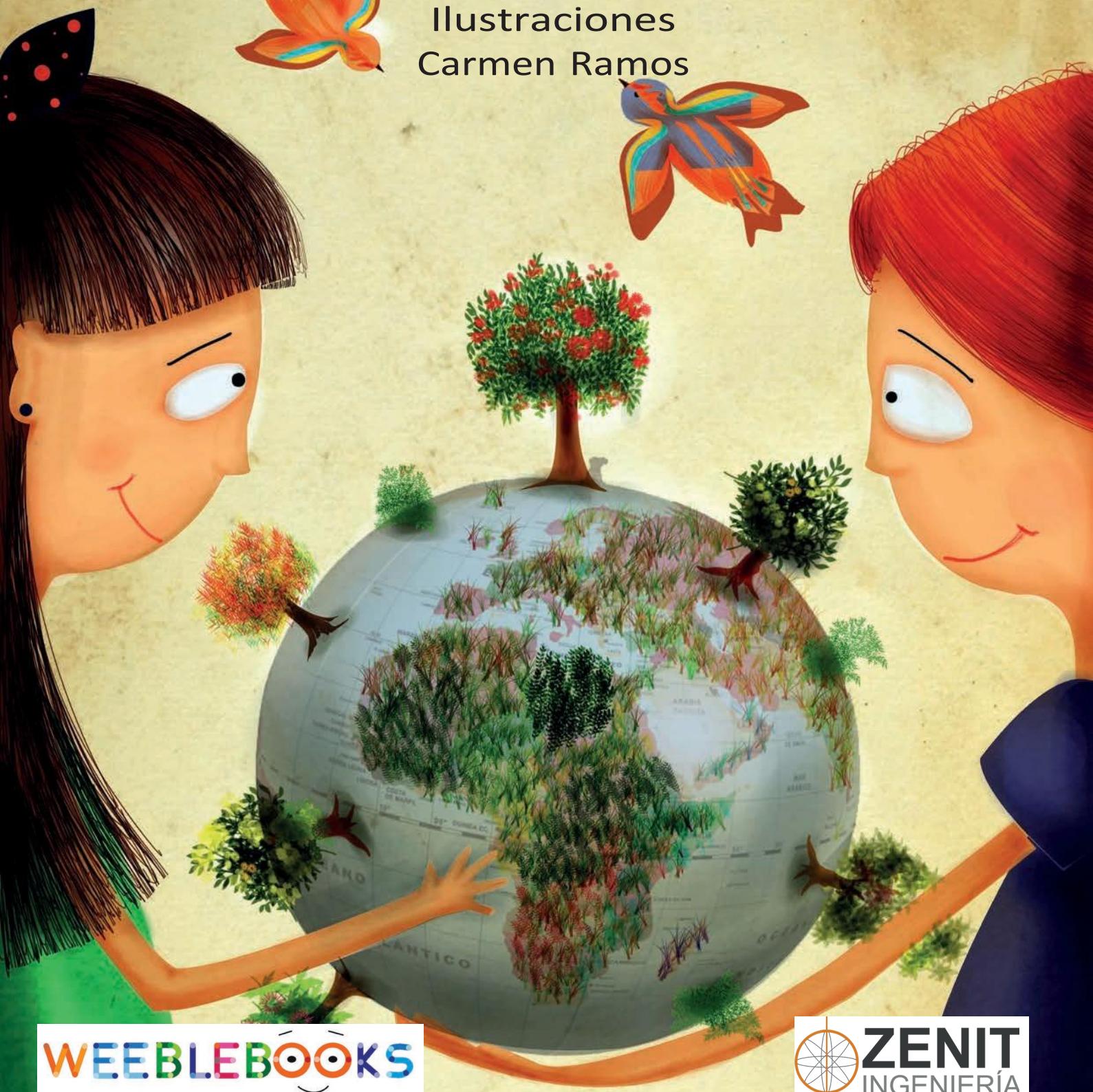
El libro mágico de la Naturaleza

Asier Saiz Rojo

Amaia Saiz Andrés

Ilustraciones

Carmen Ramos





Gracias a Charo y a Leire, que nos han animado y apoyado durante el desarrollo de este libro, como hacen siempre.

WEEBLEBOOKS

© 2016 WeebleBooks

Autor: Asier Saiz Rojo y Amaia Saiz Andrés

Ilustraciones: Carmen Ramos

Corrección del texto: Dolores Sanmartín

<http://www.weeblebooks.com>

info@weeblebooks.com

Madrid, España, junio 2016



Licencia: Creative Commons Reconocimiento-No-Comercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

El libro mágico de la Naturaleza

1.- MI LIBRO

El día que yo nací hacía mucho viento. Mis padres me han contado que los cristales de las ventanas estaban a punto de romperse y que las tejas de las casas se movían. Sin embargo, cuando ese día empecé a llorar por primera vez, el viento se paró. Por eso mis padres me quisieron llamar “Viento”, pero mis abuelos dijeron que parecía el nombre de un chico y que yo era una niña. Mi abuelo, que había viajado mucho cuando era joven, dijo que me llamaría “Haizea”, que es lo mismo que viento pero en otro idioma.

Ahora tengo diez años y vivo con mis padres en un pequeño pueblo de casas blancas rodeado de campos de cultivo. Es un pueblo bonito, aunque siempre he pensado que le falta algo... ¡Siempre he pensado que le faltan más colores!



Cuando miro desde la ventana de mi casa solamente veo el color de la hierba. Es verdad que ese color cambia durante el año. Por ejemplo, en primavera es verde, en verano amarillo, en otoño marrón y en invierno blanco, por la nieve. Un día le pregunté a mi padre que por qué era todo del mismo color, y mi padre me dijo que era porque en el pueblo todos sembramos trigo y el resto de los árboles se han quitado para aprovechar mejor el terreno.

De lunes a viernes voy al colegio. El resto del tiempo lo paso jugando con mi amigo Gustavo y “Calavera”. Calavera es mi perro, que me acompaña a todos los sitios menos al colegio, porque no le dejan entrar.



A mi amigo Gustavo le llamamos “Gus Supercontento”. Gus porque es más corto que Gustavo y Supercontento, porque siempre ve la parte alegre de la vida y está “super-contento” todo el rato. Es maravilloso jugar con él.

Gus, Calavera y yo nos pasamos el día corriendo y jugando por nuestro pueblo. Creo que nadie lo conoce mejor que nosotros.

Un día estábamos jugando a escondernos de los mayores, cuando Calavera se puso enfermo. Se tumbó en el suelo y empezó a quejarse como si le doliese mucho la tripa. Yo le cogí en brazos y le llevé a casa. Mis padres le pusieron cómodo en un sofá, pero me dijeron que no sabían cómo curarle porque en el pueblo había pocas medicinas y no conocían ninguna para los perros.



Yo me puse muy triste y salí a buscar a mi abuelo, que es una de las personas más sabias que conozco. De hecho, cuando alguien en el pueblo tiene algún problema suele pedirle consejo a él.

Mi abuelo me dijo que él no sabía cómo se curaba a los animales. Me contó que en alguno de los viajes que hizo vio como en otros lugares curaban a los animales con algunas plantas, pero que en nuestro pueblo creía que no existían esas plantas.

Me puse muy triste y empecé a llorar. Mi abuelo me abrazó muy fuerte, como hacía siempre, poniendo su cabeza encima de la mía. Yo nunca había sentido tanta pena, porque Calavera era muy importante para mí y quería ayudarle. No quería que le doliese o que se pusiese más enfermo.

Entonces mi abuelo se acercó y me dijo al oído:

–¡Creo que tengo una idea, aunque tiene que ser un secreto entre tú y yo!

Me llevó a la cocina, para que no nos oyera nadie y me sentó en una de las sillas. Sacó un vaso de leche y me dijo que le esperara allí. Después de unos minutos volvió con un paquete que puso en la mesa y cerró suavemente la puerta de la cocina.

Se puso muy serio y me dijo que tenía una cosa para mí guardada desde el día que nací. Me entregó un paquete cuadrado y plano cubierto por una tela llena de polvo y me dijo que lo abriera. Lo abrí despacio y apareció un libro antiguo con muchas páginas. Me puse muy contenta, porque a mí me encanta leer. Yo creía que mi abuelo quería que me olvidase de la enfermedad de Calavera y me pusiese más contenta.

Me dijo que lo abriese y le hice caso. La primera página era de color verde, aunque no tenía ninguna letra. Pasé a la siguiente página y empecé a leer lo que ponía. En la parte superior ponía “Trigo” y en el resto de la página explicaba para qué servía el trigo, que es el cereal que se siembra alrededor de todo mi pueblo.



Cuando terminé de leerlo, pasé de página y vi que estaba en blanco. Seguí pasando el resto de hojas del libro y vi que todas estaban vacías, sin letras. Miré a mi abuelo y le dije:

—¡Vaya libro, abuelo! ¡Vaya libro más aburrido! Sólo tiene una página que habla del trigo. ¡Con este libro no voy a aprender nada!

Mi abuelo me contestó:

—Ten paciencia y escucha el secreto que tengo que contarte. Este libro lo encontré el día que tú naciste y que hacía tanto viento, justo antes de que se detuviera, por lo que entendí que el libro era para ti y te lo he guardado todos estos años.



Entonces hizo una pausa y continuó muy serio:

—Es un libro mágico. Este libro tiene el poder de descubrir para qué sirve cualquier elemento de la naturaleza. Solamente tienes que colocar lo que quieras investigar en la primera página, la de color verde, y esperar. Entonces el libro mágico escribirá una página con todas las funciones y propiedades de lo que hayas colocado. Cuando lo encontré estaba en blanco y pensé que no serviría para nada. Sin embargo, cuando lo estaba cerrando, el viento arrastró una espiga de trigo que cayó en la página verde. Cuando lo volví a abrir surgió lo que acabas de leer y comprendí para qué servía.

Me quedé un poco confundida, porque no sabía exactamente para qué podía utilizar el libro. Mi abuelo me miró y me dijo que quizás podía utilizarlo para encontrar una planta que curara a Calavera. Entonces lo comprendí todo y salí corriendo de la casa de mi abuelo con el libro debajo del brazo.

Lo primero que hice fue ir a buscar a mi amigo Gus y se lo conté todo. Se quedó un poco extrañado y me dijo que nunca había oído hablar de libros mágicos. Después sonrió supercontento y gritó:

—Pero puede ser muy divertido descubrir los secretos del libro e intentar curar a Calavera.



2.- APRENDIENDO A USAR EL LIBRO

Gus y yo salimos de casa y cruzamos rápidamente el pueblo. Ya lejos de las casas, empezamos a buscar plantas diferentes al trigo que se pudiesen poner dentro del libro. Si acertábamos con la planta adecuada podríamos curar a Calavera.

Sin embargo, no era nada fácil encontrar plantas diferentes. Todo estaba cubierto por el trigo que plantaban los vecinos del pueblo y que servía para hacer harina y después conseguir pan.

Gus me dijo que esto iba a ser imposible. No había plantas diferentes, por eso solamente se veía un solo color alrededor de nuestro pueblo.

Entonces le dije:

–¡No hay nada imposible, y no pienso rendirme! Vamos hasta el río seco, que allí no hay trigo y quizás encontremos otras plantas.

Después de recorrer un largo camino llegamos hasta una zona diferente. Su abuelo le había contado que antiguamente por allí discurría un río, pero que desviaron el agua para regar las tierras. Ahora no había agua. Yo buscaba algún tipo de árbol o arbusto, pero no veía nada.

De repente Gus dijo:

–Haizea, corre, ven aquí. He encontrado una planta distinta. Está escondida en ese hueco y tiene una flor morada.

Era una planta pequeña con hojas alargadas sobre las que sobresalían unos tallos más altos que los demás, que me parecieron preciosos. Gus fue a arrancarla y rápidamente le grité:

-¡Para, Gus! No la arranques. Es la única planta que hay. Creo que es mejor que solamente cojamos un trozo y así el resto seguirá creciendo.

Mi amigo sonrió y dijo que sí con la cabeza. Se agachó y cogió el trozo de una rama. Yo le dejé el libro y él lo puso en la primera página, la que era de color verde. Lo cerró y lo volvió a abrir. Como estábamos muy nerviosos nos chocamos con la cabeza al ponernos rápidamente encima del libro para ver qué ocurría, y pasamos las primeras páginas. Sin embargo, no había ocurrido nada. El libro seguía igual que antes.

Gus y yo nos miramos tristes y nos sentamos en el suelo, sin entender lo que había pasado. Saqué la rama del libro y le pregunté a mi amigo:

-¿Hemos hecho algo mal? ¿Se habrá estropeado el libro? Igual no sirve para nada y no vamos a encontrar ninguna medicina para Calavera.



Gus se quedó pensando y me dijo:

–Haizea, inténtalo tú esta vez. Igual sólo funciona contigo y con las personas de tu familia.

Le miré extrañada, pero pensé que por intentarlo no pasaba nada. Cogí la ramita de la planta y la puse en la primera página. Cerré el libro y lo volví a abrir, aunque no estaba muy convencida.

En la primera página continuaba la ramita tal y como la había colocado. Pasé la primera hoja con cuidado y vi la segunda página dedicada al trigo. Pasé una hoja más y de repente me quedé paralizada. La siguiente página también estaba escrita, y tenía un dibujo exacto de la planta que habíamos encontrado.

Los dos nos pusimos rápidamente a leer lo que ponía. En la parte superior de esta nueva página ponía: “Lavanda o Cantueso”. A continuación el libro explicaba que es un pequeño arbusto con hojas de color verde grisáceo, que tienen pequeños pelos. Las flores son rojas o violetas y huelen muy bien. Al final de la página ponía para qué servía. Decía que se usa principalmente para hacer perfumes.



Cuando terminamos de leerlo, le dije a Gus:

-¡Esto es increíble! Piensa en todas las cosas que podemos aprender con este libro.

Él me respondió muy sabiamente:

-Tienes razón, Haizea, pero esta planta no nos sirve para curar a Calavera. Tenemos que seguir buscando.

Yo agarré con fuerza el libro mágico porque no quería que se me perdiera, mientras nos levantamos y nos fuimos a buscar más plantas.

Después de dar vueltas toda la tarde, no encontramos ninguna planta diferente y nos fuimos a casa. Antes de ir a ver a Calavera pasamos a ver a mi abuelo y le conté lo que había ocurrido con el libro.

Él sonrió y me dijo que tenía que cuidar el libro porque era un regalo muy especial que debía utilizar correctamente. Entonces le dije:

-Abuelo, lo que me preocupa ahora es que no hemos encontrado más plantas y no sé cómo vamos a curar a Calavera.

Él me respondió:

-En esta comarca quedan pocas plantas. Recuerdo que cuando era joven visité pueblos con muchas más plantas y animales. Una vez me enseñaron que eso se llamaba biodiversidad.

Gus se empezó a reír, porque le hacen gracia las palabras largas que no entiende. En clase siempre le pasa. Cuando la profesora dice palabras como “circunferencia”, “otorrinolaringólogo”, y sobre todo “esternocleistomastoideo”, no puede parar de reírse y a veces le castigan.



Mientras Gus cogía aire y se le quitaba la cara roja de reírse, le pregunté:

–¿Qué es eso de la biodiversidad, abuelo?

–La biodiversidad es cuando en una comarca hay muchas plantas y animales diferentes.

–¿Y dónde están esos pueblos con biodiversa..., o bioversa, o eso que has dicho, abuelo? -le pregunté.

–Creo que hacia el oeste, a un día de camino, aunque hace mucho tiempo que no he vuelto por allí. Recuerdo un pequeño pueblo situado al oeste, donde cuidaban mucho todas las plantas, insectos y animales, porque decían que cada uno de ellos es muy importante para el entorno, aunque no lo parezca. Por ejemplo, me contaron que si desapareciesen las abejas las plantas no darían frutos y los humanos no tendríamos nada para comer -me respondió.

Gus y yo nos miramos y sonreímos, sin que se diese cuenta mi abuelo. Los dos sabíamos lo que estábamos pensando. Al día siguiente era sábado, un día perfecto para hacer un viaje.

Cuando volví a casa Calavera seguía enfermo. Cené rápidamente y me fui a mi habitación. Cogí dos mochilas. En la primera metí sin que me vieran mis padres el libro mágico, una brújula que me había regalado mi padre y todas las galletas que encontré en casa.

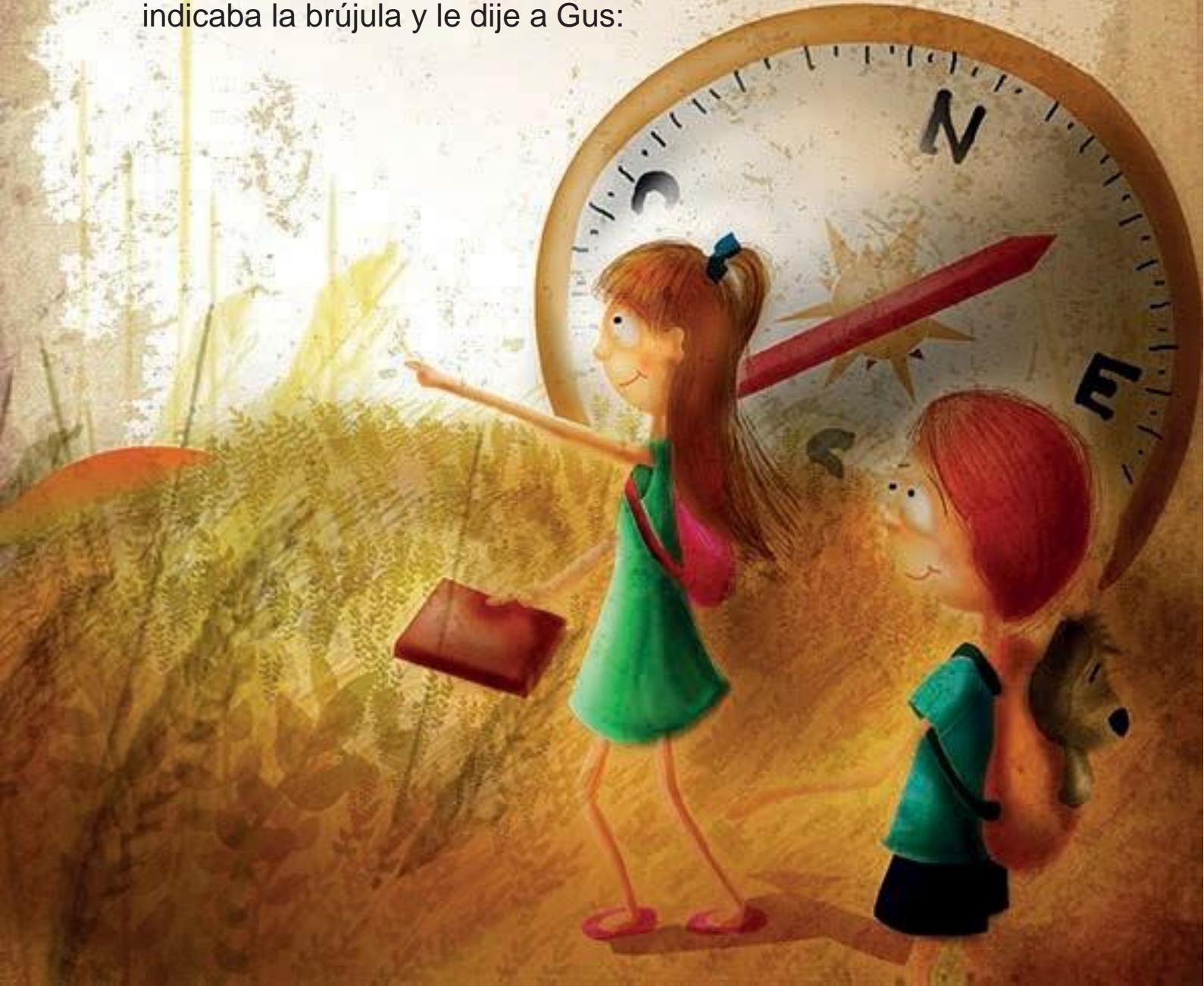
La segunda mochila era para que viajase Calavera. La llevaría Gus al día siguiente por la mañana cuando viniese a recogerme justo a la salida del sol.

3.- EL VIAJE

Al día siguiente me desperté muy temprano. No podía dormir porque estaba muy nerviosa. Todavía no había amanecido, así que me puse a escribir una carta a mis padres para que no se preocupasen. Les puse que iba a estar todo el día jugando con Gus y que comería con él en el campo.

Dejé la nota a mis padres en la cocina y cogí a Calavera del sofá con mucho cuidado. Lo envolví en una manta y lo metí en la mochila más grande de las dos, con la cabeza por fuera.

Cuando estaba apareciendo el sol por el horizonte, salí de casa muy despacio para no hacer ruido. Fuera de casa ya estaba Gus esperándome con esa cara de felicidad que tiene siempre. Le di la mochila con Calavera y saqué la brújula. Señalé el oeste según me indicaba la brújula y le dije a Gus:



-¡Por allí! Vamos Gus, antes de que nos vea alguien y nos pregunte a dónde vamos tan temprano.

Estuvimos andando toda la mañana. De vez en cuando parábamos a comer alguna galleta o a beber agua. Al principio del viaje todo era muy aburrido. El paisaje era el mismo y hacía mucho calor porque no había árboles que nos diesen sombra.

Al final de la mañana la cosa cambió. Empezamos a ver algunos árboles y arbustos de distintos colores. Algunos tenían las hojas claras y eran muy altos. Otros tenían menos altura y eran redondos con frutos de colores. De repente el camino se introdujo en un bosque precioso donde se oían muchos pájaros. El sol no llegaba al suelo, y encontramos entre la hierba unas cosas muy raras que parecían paraguas para muñecas de todos los colores.

Continuamos andando a ver si encontrábamos el pueblo del que nos habló mi abuelo, aunque creíamos que estábamos en otro mundo, porque todo era muy diferente a lo que conocíamos.

Finalmente el bosque se abrió y apareció un río sobre el que había un puente de piedra. Los lados del río estaban cubiertos por todo tipo de plantas. Vimos unos pájaros de color azul y naranja que se lanzaban desde las ramas de los árboles para pescar peces. Los peces saltaban fuera del agua para comer insectos. Algunos insectos caminaban sobre el agua con sus pequeñas patitas.

Yo estaba fascinada. Allí donde miraba veía algo nuevo.

Gus estaba curioseando cerca de unos arbustos porque quería empezar a usar el libro, aunque no sabía por qué planta empezar. De repente, salió corriendo y no se detuvo hasta que le grité:



-Gus, ¿dónde vas? No corras, que llevas a Calavera en la mochila y se puede caer.

-Haizea, ten cuidado, es un pueblo encantado -me respondió. Yo me empecé a reír, lo que se me hizo muy extraño. Nunca me había reído tanto yo sola mientras Gus tenía esa cara de preocupación. Siempre solía ser al revés: ¡quizás fuese un pueblo encantado de verdad!

-¿Por qué dices eso? -le pregunté.

-Estaba mirando esos arbustos y de repente una rama ha empezado a andar sola. ¡Tiene que ser magia!

Le dije que eso era imposible y me acerqué a comprobarlo. La verdad es que no veía nada raro, aunque de repente noté una pequeña rama que se movía sola encima de las hojas del arbusto. Me asusté un poco, aunque no dije nada para no preocupar a Gus.

Lo miré con más cuidado, ya que la rama mágica se movía lentamente y no parecía peligrosa. Cuando me acerqué más me fijé que tenía varias patas, dos minúsculos ojos en la cabeza y dos enormes antenas.

-Gus, ven, corre. Yo creo que esto no es magia. Yo creo que esto es un insecto un poco raro.

Gus vino despacio y se puso detrás de mí, como si en el caso de que saliese un brujo del arbusto, yo pudiese defenderlo sin dificultad.

De repente, se echó a reír como hace siempre y me dio la razón.

-Pues parece que sí, Haizea. Parece un insecto, aunque no había visto nada parecido en mi vida.

Levantamos la vista del río y al otro lado del puente vimos un pequeño pueblo, por lo que cruzamos para ver si alguien nos podía ayudar. Era un pueblo pequeño, como el nuestro, aunque no se parecía mucho por la cantidad de plantas y colores que tenía. Había muchos árboles y arbustos entre los cultivos, que a su vez eran diferentes entre sí. Las casas, aunque eran blancas, tenían plantas que trepaban por las paredes y flores preciosas. En la iglesia había un enorme nido, más grande que sus campanas, donde había dos pájaros blancos. Debajo del tejado de una de las casas vimos unas bolas marrones de barro que no sabíamos para qué servían. De repente de una de ellas surgió un pájaro pequeño y oscuro que tenía dos colas muy largas.

Yo iba caminando con la boca abierta sin ver a nadie, hasta que llegamos al otro lado del pueblo. Allí había varias filas de árboles con unas frutas de colores. En uno de los árboles se había subido un niño, que le lanzaba las frutas a otros dos que estaban en el suelo guardándolas en unos sacos.

Nos acercamos y nos presentamos:

—Buenos días. Yo soy Haizea. Éste es Gus y el de la mochila Calavera.

En ese momento se bajó el niño que estaba sobre el árbol y que parecía el más valiente y nos dijo:

—Hola, yo soy Esteban y estos son mis hermanos. Estamos ayudando a nuestros padres a recoger la fruta, ¿queréis un albaricoque?



Gus agachó la cabeza y empezó a reírse un poquito. La palabra albaricoque ya era lo suficientemente larga para hacerle un poco de gracia.

Le dije que sí, ya que estaba aburrida de comer galletas todo el día. Esteban nos preguntó:

-Y, ¿para qué habéis venido a nuestro pueblo?

Al principio dudé si contarles nuestra historia ya que no les conocía de nada y podían robarnos nuestro libro mágico. Sin embargo, pensé que podían ayudarnos ya que muchas cosas de ese pueblo eran nuevas para nosotros.

Los tres escucharon con mucha atención nuestra historia y nos dijeron:

-Si nos ayudáis a recoger las frutas que quedan y a llevarlas a nuestra casa, os ayudaremos. Conocemos este pueblo como las palmas de nuestras manos.

Aceptamos el trato y les ayudamos a terminar de recoger la fruta que Esteban iba lanzando desde el árbol. Después cogimos entre todos los sacos de tela y regresamos al pueblo.

Durante el camino aproveché para informarme:

-Esteban, aquí hay muchas cosas que no hemos visto en nuestro pueblo. Por ejemplo, ¿cómo se llaman esos pájaros de la iglesia?

-Son cigüeñas. Vienen cuando está terminando el invierno y viven en ese nido que todos los años arreglan con ramas. Después se vuelven a ir hacia el sur.

Entonces Gus continuó preguntando:

—Y ¿cómo hacéis esas bolas que pegáis debajo de los tejados donde viven unos pájaros pequeños y oscuros?

Esteban le miró como si viniésemos de otro planeta y le respondió:

— Son golondrinas. Esas bolas son sus nidos. Los hacen ellas mismas con barro que recogen en los charcos y lo transportan en sus picos. Dentro viven sus crías.

Cuando llegamos a casa de Esteban dejamos la fruta y nos dijeron que les siguiésemos. Nos llevaron por un pequeño sendero que cruzaba bajo árboles de distintas especies, al lado de huertas repletas de verduras diferentes, y al final fuimos a dar a un pequeño prado cerca del río. Entonces Esteban dijo:

— Bueno, ¿por dónde queréis empezar?



-¿Conoces alguna planta que sirva de medicina? -le pregunté.

Él me miro de nuevo como si realmente viniésemos de otro planeta y me respondió:

-En realidad muchas plantas tienen propiedades medicinales. Lo que tenemos que buscar es una que sirva para curar muchas cosas, porque no sabemos qué enfermedad tiene Calavera.

-Bueno, pues manos a la obra. Vamos a traer ramas de las plantas que encontremos y que Haizea las vaya colocando en el libro -dijo Gus con su felicidad habitual.

Me senté en el suelo y el resto de niños se fueron corriendo cada uno hacia un lado. Esteban se dirigió a un pequeño muro de piedra donde había muchas plantas. Sus hermanos se fueron hacia la zona de los árboles y Gus al río.

Yo me quedé con Calavera, que seguía con los ojos cerrados, como si estuviese dormido.

En ese momento me acerqué a la oreja de Calavera y le susurré:

-Espero que te cures muy rápido, porque te lo vas a pasar genial jugando en este pueblo.

4.- EL REGRESO A CASA

Gus, Esteban y sus hermanos me empezaron a traer todo tipo de plantas y hierbas. Las dejaban a mi lado en el suelo y volvían a por más.

Yo las iba colocando en el libro y después leía lo que la magia escribía sobre cada planta. Empecé a conocer el nombre de muchas plantas diferentes y a aprender su utilidad.

Esteban me trajo varias hierbas muy interesantes, que el libro explicó rápidamente.

La primera planta se llamaba “Cola de Caballo”, y el libro decía que servía para cicatrizar heridas y curar las enfermedades de los riñones. La segunda hierba tenía una preciosa flor blanca y amarilla y se llamaba “Margarita”. Esta planta también servía para curar las heridas y para aumentar el apetito.



Los hermanos de Esteban trajeron varias plantas del bosque como la “madreselva”, que servía para curar gripes y catarros y para evitar la tos. También trajeron una planta con pinchos, que se llamaba “Espino”. Servía para quitar la fiebre.

Gus, que venía del río, llegó el último. Entre las ramas que trajo y que consulté en el libro estaba una que se denominaba “Saúco”. Este arbusto servía para quitar los dolores de cabeza y curar las inflamaciones.

Cuando llevábamos un buen rato les reuní a todos y les dije que teníamos un problema. Teníamos muchas plantas que servían para muchas cosas, pero no sabíamos qué enfermedad tenía Calavera, por lo que pregunté:

–¿Cómo vamos a saber qué planta darle a Calavera para que le cure?

–Podemos prepararle una ensalada con muchas de las plantas –dijo Gus.

Esteban se empezó a reír. Gus siempre acababa por hacernos reír a todos.

–Pero Gus, ¿has visto alguna vez comer a un perro una ensalada? – le dijo Esteban.

–Pues la verdad es que no –continuó Gus–. De todas formas, Haizea, toma esta última rama, que me ha costado mucho cogerla. No había forma de cortar la rama del árbol y casi me caigo al río.

La coloqué en el libro para que Gus se quedara tranquilo, mientras iba pensando qué planta podríamos utilizar de todas las que teníamos. No sabía cómo resolver el problema para acertar con la hierba adecuada.

Abrí el libro y leí con curiosidad lo que ponía. La rama era de un árbol denominado “Sauce”, que vive junto a los ríos, muy cerca del agua. El libro mágico explicaba que el sauce tiene unos componentes que curan muchas enfermedades a la vez. Además elimina las inflamaciones, quita el dolor y la fiebre.

En esos momentos abrí los ojos y dije a mis amigos:

—¡Esto es lo que estábamos buscando! Ésta es la medicina que tenemos que dar a Calavera.

—Y, ¿cómo se la damos? —preguntó Esteban.

—El libro pone que lo mejor es utilizar la corteza —respondí mientras leía los últimos párrafos del libro.

Todos mis amigos salieron corriendo hacia el río en busca de corteza de sauce. Cuando volvieron traían tanta corteza de sauce que podríamos curar a todos los animales de mi pueblo, incluidos los ratones del trastero de mi abuelo.

Pusimos varios trozos de la corteza de sauce en un bote y lo trituramos con algunas piedras. Después echamos un poco de agua y se lo dimos a Calavera, que se lo bebió rápidamente, porque tenía mucha sed. Guardamos con cuidado el libro y algunas de las ramas y hierbas que habíamos recogido y volvimos al pueblo.



Cuando llegamos cerca del puente de piedra, le dijimos a Esteban que teníamos que volver a nuestro pueblo, porque si no nuestros padres se iban a preocupar. Esteban, con sus dos hermanos al lado, nos miró con mucha pena. Yo también me puse triste, ya que me encantaba ese pueblo y habíamos descubierto tres nuevos buenos amigos.

Cuando nos íbamos, de repente oímos un ruido que nos paralizó. Era un ladrido: el inconfundible ladrido de Calavera, que movía la cabeza sin parar desde la mochila. Esteban y sus hermanos vinieron corriendo mientras Gus dejaba la mochila en el suelo y Calavera salía y empezaba a bostezar y a saltar.

Todos nos pusimos muy contentos y nos dimos un abrazo muy fuerte. Calavera también se quería sumar al abrazo y saltaba sobre nuestras piernas. “¡Lo hemos conseguido!”, pensé.

Volvimos rápidamente a nuestro pueblo por el mismo camino, aunque esta vez con las mochilas vacías y Calavera corriendo delante de nosotros. Llegamos a casa justo cuando se estaba poniendo el sol. Menos mal que casi era verano y que los días eran ya muy largos.

Lo primero que hicimos fue ir a ver a mi abuelo. Le conté toda la historia que habíamos vivido y le enseñé el libro y todas las páginas escritas.

Mi abuelo me dijo que estaba muy orgulloso de mí, y añadió:

- Haizea, ¿ves lo importante que es viajar y aprender cosas nuevas?
- Sí abuelo, y además hemos hecho nuevos amigos -respondí.
- Y ahora, ¿qué vas a hacer con todo lo que has aprendido sobre la biodiversidad?



Le respondí que a partir de ahora iba a aprender todo lo que pudiese sobre las plantas y los animales.

Gus ya estaba en el suelo boca arriba riéndose sin parar al oír la palabra “biodiversidad”. Calavera estaba a su alrededor saltando y lamiéndole la cara. Todo había vuelto a la normalidad.

Le di un beso muy fuerte a mi abuelo y nos fuimos a casa. La verdad es que yo estaba agotada de andar y de llevar el libro encima todo el día.

No lo había soltado desde que salimos porque no lo quería perder.



5.- EL DÍA SIGUIENTE

Al día siguiente me levanté muy tarde de la cama. Abrí la ventana y volví a ver todos los campos amarillos de mi pueblo. Todos iguales y aburridos. Recordaba el pueblo donde vivía Esteban y sus hermanos y lo bonito que eran todas esas plantas y animales.

En ese momento me di cuenta que tenía que hacer algo para mejorar este problema. Tenía que trabajar para que los vecinos de mi pueblo entendiesen la importancia de tener muchos colores y formas diferentes. Estaba segura que eso les haría sentirse más felices.

Después de comer me senté en mi mesa y me puse a hacer los deberes, ya que al día siguiente era lunes y teníamos colegio. La profesora nos había encargado que hiciésemos una redacción en la que apareciese la palabra dinosaurio. Mi redacción se tituló: “Un mundo con muchos colores” y la escribí así:

“Érase una vez un dinosaurio que se cansaba de ser siempre verde porque quería ser de colores. Un día salió el arcoíris y aprovechó para robarle los colores. A cada rato, el dinosaurio cambiaba de color, lo que era muy divertido, pero a cambio el mundo se había quedado gris. Así no le gustaba, por lo que devolvió los colores al arcoíris. A partir de ese día no le importó ser verde como el resto de dinosaurios”.



FIN



Los autores

Asier Saiz Rojp

Asier es Ingeniero de Montes, nacido en Guipúzcoa y afincado en Palencia, donde aparte de desarrollar su labor de ingeniero ejerce de profesor en el Campus de Palencia (Universidad de Valladolid) y es Director del Centro Tecnológico ITAGRA.

Su trayectoria profesional ha estado siempre vinculada al medio ambiente, publicando numerosos artículos científicos y divulgativos. Autor del proyecto galardonado con el 1er premio “Concurso para el Incremento de la Biodiversidad”, promovido por la Fundación Biodiversidad, la Federación Española de Municipios y Provincias y la “Red +Biodiversidad 2010”, en el año 2008.

Fundador de la Fundación SMARTFOREST, entidad sin ánimo de lucro que tiene como objetivo la potenciación y conservación de nuestros montes desde un punto de vista ambiental, social y económico.

Email de contacto: asiersr@gmail.com

Amaia Saiz Andrés

Amaia es una joven estudiante de 3º de primaria en el colegio San José de Palencia, apasionada de los libros y a la que le encanta dibujar y diseñar.



La ilustradora Carmen Ramos

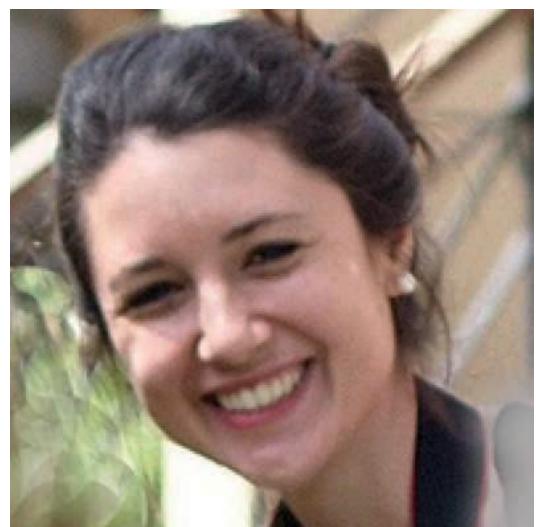
Carmen es ilustradora infantil. Le encanta crear ilustraciones para los más peques y lo hace de forma magistral.

Licenciada en Comunicación Publicitaria y Diplomada en Gestión de Negocios, esta argentina vibra cuando se pone en su estudio a ilustrar.

Carmen está muy involucrada en la educación, la infancia, las artes, la cultura, el medio ambiente y la ayuda humanitaria. Un ejemplo para todos.

Carmen es colaboradora habitual de nuestra editorial. Podéis encontrar sus ilustraciones en Pepoff y Kampeón, Donde viven los globos, Pequeñas historias de grandes civilizaciones, Gadir y la misteriosa joven del templo, Cloe y el Poubolt mágico, Martín y el concurso de cocina,...

Si queréis ver algunas de sus ilustraciones, visita:
<https://www.behance.net/carmenisa>





En WeebleBooks creemos en una educación al alcance de todos, más divertida, moderna, creativa y sin barreras económicas o geográficas.

Un proyecto educativo abierto a la colaboración de tod@s para fomentar la educación, ofreciéndola de una forma atractiva, moderna y sin barreras económicas o geográficas.

Nos hemos enfocado al desarrollo de la lectura como una actividad clave para nuestro público juvenil.

Creamos y editamos libros educativos, divertidos, actuales, sencillos e imaginativos para el público infantil y juvenil de forma gratuita en versión digital. Libros que pueden usarse en casa o en la escuela como libros de apoyo.

¡Y lo mejor es que son gratis! Por ello publicamos en formato electrónico. Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Si quieres saber más de nosotros y conocer otros libros que puedes descargarte gratis, visítanos en: www.weeblebooks.com



WeebleBooks



Vídeo

Otros libros publicados

Mi primer viaje al Sistema Solar

Viaje a las estrellas

La guerra de Troya

El descubrimiento de América

Amundsen, el explorador polar

Atlas infantil de Europa

Las malas pulgas

El reto

Descubriendo a Mozart

¡Sácame los colores!

El equilibrista Alarmista

Uh, el cromañón

La Historia y sus historias

Descubriendo a Dalí

Cocina a conCiencia

Descubriendo a van Gogh

Apolo 11, objetivo la Luna

El Lazarillo de Tormes

Descubriendo a Mondrian

Mi primer libro de historia

OVNI

El cumpleaños del círculo rojo

La piedra de los mil colores

Cloe y el poubolt mágico

